



Cádiz, rival de Sevilla, hacia al mismo tiempo los mayores pero inútiles esfuerzos por vencer la oposicion que mostraba al alzamiento el capitán general, allí residente, que lo era á la sazón el general Solano, en virtud de la confirmacion que le habia enviado Murat á Badajoz. Despues del paso precipitado que en esta ciudad habia dado en union con Torre del Fresno, la restitucion de aquel mando le habia convertido ó seducido tanto que en todo el viaje fué predicando contra la temeridad de la sublevacion. Y cuando en Cádiz le instaban por que se declarase contra los enemigos, contestaba, señalando á los buques ingleses: «Los enemigos hélos allí.» Llegó en estas luchas é indecisiones la noticia del pronunciamiento de Sevilla, que causó una viva efervescencia, y para contenerla publicó un bando condenando la insurreccion por temeraria, aunque accediendo á un alistamiento, como una cesion sin peligro á la opinion. Hizo pregonar aquella misma noche el bando con hachas encendidas; con lo cual no consiguió más que atraer al pueblo para tumultuarlo en contra suya. Aquel ánimo tan altivo antes y fogoso, aquel hombre en otro tiempo dueño del corazón de los gaditanos, ahora se abate á la voz de un mozo apenas cocido y ofrece obedecer cuanto desea el pueblo, convocando para la mañana siguiente nuevo consejo de generales. Todos convinieron con la misma facilidad que el dia anterior se habian conformado á la opinion contraria del presidente, y quedó oficialmente acordada la sublevacion.

El pueblo, siguiendo alborotado desde la noche anterior, concluyó por dirigirse al parque de artillería, cuya entrada le franqueó su misma guardia para que se apoderase de las armas que necesitaba, y desde aquel momento el clamor general pidió que se embistiese inmediatamente la escuadra francesa, asunto que sometió Solano á la deliberacion de un consejo de oficiales de marina.

Aunque racional su dictámen, reducido á la inconveniencia ó perjuicio que resultaria del ataque por estar todavía incorporada con ella la escuadra española, apenas se presentó en la plaza de San Antonio un ayudante anunciando

este parecer á la multitud allí reunida, se encaminó ésta de nuevo bramando de cólera á casa del general. Subió en su nombre á increparle por su flaqueza ó su traicion, una comision de tres individuos, entre los cuales habia uno que tenia fatalmente de lejos una rara semejanza con Solano.

Así fué que, no bien asomó al balcon para hablar á la multitud sobre la contestacion de éste, estalló una terrible gritería acusándole de traicion, y cuantos ademanes hacia el representante por demostrarle su error, los tomaba desgraciadamente por negativas á la peticion de ataque, que exasperaron su furor y dieron lugar á que un grupo de los armados hiciese fuego contra el supuesto Solano é intentase asaltar la casa. Habiendo cerrado la guardia las puertas, el pueblo fué en busca de artillería y las abrió á cañonazos. Ya no halló al objeto de su ira, porque se habia fugado á la casa vecina de un banquero irlandés; pero, previsto este caso por uno de los que hacian entonces de caudillo populares, que era un ex-novicio de la cartuja de Jerez, llamado Olaechea, y adelantándose á entrar en la misma casa, lo sorprendió cuando trataba de ocultarse. Dícese que en aquel apuro, ayudado por un ayudante, lo encerró Solano en un pasillo, del cual, intentando salir, cayó á un patio y murió á los pocos dias: otros dicen que lo arrojó el mismo sorprendido. El resultado fué que el moribundo señaló con la mano el sitio en que se guarecia el traidor, y la multitud allanó su refugio, y lo sacó á pesar de los valerosos esfuerzos que por salvarle hizo la generosa mujer del banquero, hasta el punto de ser herida en un brazo. Mostró entonces el infeliz Solano un valor heroico, más digno de que lo hubiese empleado en la defensa de su patria. Gritando enfurecido el pueblo «á la horca; llevémosle á la horca,» marchaba impávido al suplicio con la frente erguida y sereno el semblante, arrojando una lluvia de denuetos. El odio que inspiraba su presencia ó quiza un encono personal no le dejó pasar de la plaza de San Juan de Dios, donde recibió una herida que le hizo expiar malamente con la vida el error de creer imposible la guerra contra Napoleon. Reemplazó á la víctima el teniente gene-



ral D. Tomás de Morla, á quien volvió el pueblo la vista, esperando que emplearía en daño de los franceses el mismo valor con que antes habia salvado á Cádiz de un ataque de los ingleses. El nombramiento de una junta, que reconoció á la de Sevilla, y la proclamacion de Fernando VII el dia 31 dieron una tregua á las ruidosas conmociones, y aplacaron la ira de los gaditanos en el asunto de la rendicion de la escuadra francesa.

Apagaron los hornillos ya encendidos para disparar contra ella á bala roja; mas no por eso desistieron de su empeño, juzgando que seria mengua para Cádiz consentir que flotase tranquilamente á su vista el pabellon enemigo. Rosilly habia aprovechado la calma para meter sus buques en el canal del arsenal de la Carraca con el fin de ponerse á cubierto de los fuegos de la plaza y de la escuadra española, y entretenia á la junta con excusas á que ya nadie prestaba fé. Por último, propuso que saldria de la bahía si se alcanzaba que los ingleses situados á la boca no le molestasen en su retirada; y en caso de negativa, que desembarcaria sus cañones, conservando á bordo sus equipajes, y que guardaria su bandera con tal que se le diesen rehenes en prenda de que ni él ni los franceses establecidos en Cádiz sufririan daño de parte del pueblo ni de los ingleses. Morla, temiendo renovar la irritacion pública, exigió por respuesta la entrega á discrecion; y como el almirante francés se negase á ella, se dispuso todo para conseguirla por las armas. Cuatro baterías de morteros y una flotilla de fuerzas sutiles rompieron el fuego el dia 9 de Junio y lo sostuvieron sin grande pérdida de ambas partes hasta la tarde del dia siguiente, que Rosilly izó la bandera española en el trinquete de su navío el Héroe, en las conferencias que se abrieron todavia esperaba dar tiempo á que llegasen las fuerzas que Murat habia despachado contra Andalucía; pero la junta de Sevilla, á quien se mandaron sus proposiciones, contestó el 13 insistiendo en la entrega pura é inmediata, y á la mañana siguiente se entregó en efecto la escuadra francesa, que se componia de cinco navios y una fragata. Fácil como fué el triunfo, llenó de gozo á los gaditanos,

tanto por ver desembarazada su bahía de enemigos, como por haberlo alcanzado sin la ayuda que ofreció el almirante inglés Collyngwood; ayuda que, á no haber sido rehusada con muestras de agradecimiento, nos hubiera privado probablemente de la presa considerable de las naves y sus cuantiosos pertrechos de guerra.

No importando ménos á Sevilla la adhesion del general Castaños, establecido en el campo de San Roque con nueve mil hombres de tropa reglada, que la seguridad de la plaza de Cádiz, habia hecho salir al mismo tiempo á un oficial de artillería con mision de esplorarle. Castaños, que habia despreciado los lisonjeros ofrecimientos de Murat é iniciado por sí sólo un proyecto de alzamiento entrando en relaciones con el gobernador de Gibraltar, se declaró desde luego por la causa de la patria. Andalucía se llenó de entusiasmo, y la junta de Sevilla le confririó reconocida el mando en jefe del ejército que estaba organizando.

No era sólo en la region septentrional de España, y al Occidente y al Mediodía, donde las ciudades y los campos se removian preparándose á una lucha sin ejemplo en la historia. El mismo dia en que Asturias hacia retumbar en sus montañas el grito de independencia y guerra á Napoleon, lo daba tambien desde las orillas del Ebro una ciudad que debia en aquella guerra naciente asombrar por su heroismo al mundo. Bullia Zaragoza en corrillos desde la noticia del 2 de Mayo, apiñándose todos los dias á la puerta del correo para ver cuándo llegaba el de Madrid como quien sólo aguarda un nuevo ultraje que justifique un impulso del honor. Esta ocasion llegó el dia 24 con las renunciaciones de Bayona, que fueron para toda España la mecha de explosion. Apenas se recibió el correo, corrió el pueblo en tumulto pidiendo armas á la casa del capitán general D. Jorge Juan de Gillelmi, quien, como extranjero y con fama de débil, era mirado con prevención. En vano quiso excusarse de la demanda diciendo que entregaria el armamento necesario á los militares, mas no á gente inexperta, pues le obligaron á ir él mismo con la multitud á la Alfajeria para que le hiciese entrega de los vein-



ticinco mil fusiles que allí había y dejarle como prisionero mientras durasen las circunstancias actuales.

Dirigian al pueblo unos cuantos labradores, entre los cuales llegó á sobresalir un tal Ibor, más conocido por el tío Jorge. Un claro entendimiento, un sano corazón y un carácter enérgico suplían en él la falta de instrucción y le constituían uno de esos caudillos que el pueblo obedece y sigue por simpatía y por su poderoso instinto de salvación. Todo hecho que reclamase valor y audacia, toda idea provechosa, todo sentimiento noble tuvo en él un instrumento apasionado lleno de sinceridad, de ardor y de abnegación.

El segundo de Guillelmi, el general Mori, aunque procuró halagar al pueblo procediendo desde luego á la formación de una junta, tampoco pudo desvanecer la desconfianza con que, por ser extranjero, se le miraba. Queríase un caudillo español y aragonés, áun cuando no ciñese faja de general, y al buscarle todas las miradas fueron á fijarse en un jóven brigadier que residía á la sazón en el campo, el luego célebre D. José Palafox y Melci.

Era hijo segundo del marqués de Lazan, una de las familias más distinguidas de Aragón, y como tal, según la costumbre general de la nobleza española, se había dedicado á la carrera de las armas. Ya en Bayona Fernando VII, había sido enviado allí por su jefe, el marqués de Castelar, con objeto de informarle de lo que mediara en la entrega del príncipe de la Paz; mirada por él con desagrado. Parece que entonces se le confió el encargo de promover el alzamiento contra los franceses, y que con esta misión regresó á España disfrazado, y se dirigió á su país á primeros de Mayo. Establecido en las cercanías de Zaragoza, en una torre ó casa de campo de su familia, se puso de acuerdo con el tío Jorge para preparar el levantamiento de la ciudad, al que correspondería toda la provincia. Esta relación fué el origen de su elevación el día en que los zaragozanos se sublevaron y se vieron amenazados por el enemigo que, según decían, se dirigía ya contra ellos, sin un jefe que les dirigiese en la defensa. Un grupo de paisanos armados fué á bus-

carle en su retiro para trasladarle á Zaragoza y que tomase el mando. Hizo que Mori convocase el acuerdo para el día siguiente 26, y ante él manifestó la comisión que había recibido en Bayona, y que estaba dispuesto á sacrificar vida y fortuna por la patria, no como caudillo, que otros habría más dignos, sino como un simple paisano entre los grupos del pueblo. El silencio que guardaron los circunstantes era bastante indicio de los temores que les agitaban secretamente y que sin duda les hubieran hecho rechazar la proposición de Palafox si no obrase sobre su apocado espíritu el miedo á las conmociones populares. El pueblo, en efecto, que aguardaba impaciente á las puertas el resultado de la sesión, fué quien cortó el silencio, pidiendo á gritos la declaración de guerra y que se pusiese al frente su favorito. Mori cedió entonces el mando, y Palafox quedó reconocido jefe supremo de la provincia. Si la ambición tuvo parte en estos hechos, los sucesos posteriores demostraron bien que era una noble y santa ambición la que animaba al protegido del pueblo. Jóven de veintiocho años, de gallarda presencia y airoas maneras, ejercía sobre cuantos le miraban y trataban cierta fascinación, á la cual es preciso atribuir mucha parte de su prestigio entre la multitud. Porque es indudable que hay una pasión innata en el corazón humano hácia lo bello, y nada tiene de extraño que el pueblo guste de ser noblemente personificado. Pero no era sólo una buena figura Palafox. «Buscado y requerido por las damas de la corrompida corte de Carlos IV se nos ha asegurado, dice Toreno, que con porfiado empeño desdeñó el rendimiento obsequioso de la que entre todas era, si no la más hermosa, la más elevada.» Y á esta fortaleza de alma unía un entendimiento, si escaso de instrucción, exento de errores y preocupaciones, y una propensión natural al bien que le adhería á los hombres ilustrados, supliendo con ella su falta de conocimientos. El padre Rogiero, su antiguo maestro de la escuela pía, don Lorenzo Calvo de Rozas, á quien se nombró corregidor é intendente, y el oficial de artillería D. Ignacio Lopez fueron sus consejeros predilectos, á quienes debe citar la historia para hacerles partícipes de la gloria que aquél alcanzó.



La primera resolución importante de Palafox fué convocar á Córtes para el 9 de Junio de todo el reino de Aragón. Concurrieron puntualmente, como si no hubieran transcurrido cien años de desuso, treinta y cuatro miembros en representación de los cuatro brazos, nueve por el eclesiástico, siete por la nobleza, nueve por los hijos-dalgo, y ocho por igual número de ciudades de voto en Córtes. Siendo su principal objeto legitimar de un modo solemne la insurrección del pueblo y el cambio efectuado en los primeros poderes públicos, así que hubieron aprobado los actos anteriores á su reunión y confirmado el nombramiento de Palafox, se retiraron dejando en su representación una junta de seis miembros que le auxiliase en la defensa del país, persuadida de que la acción requiere unidad y de que en los momentos de conflicto las deliberaciones de cuerpos numerosos pueden producir disuntamientos perjudiciales al triunfo de la causa pública. A lo ménos pueden retrasarlo, y las circunstancias requerían una acción rápida y enérgica tanto como personal ó una.

Cataluña, la altiva y belicosa Cataluña, no fué esta vez de las primeras provincias que se alzaron contra el alevoso conquistador á causa de su situación especial, no de que hubiese decaído en ella el vehemente sentimiento de la independencia que le distingue, ni fuese ménos impaciente su decisión. Limitrofe de la Francia ocupada Barcelona y Figueras por el enemigo, carecían los demás pueblos de su poderoso apoyo, tanto más necesario cuanto sólo ellas en la provincia podían suministrarles los auxilios de armamento y municiones, y servirles de centro de acción. Sublevado Aragón, tuvieron ya un punto de apoyo, y así se vió inmediatamente irse extendiendo con rapidez por todo el principado el fuego de la insurrección hasta rodear al enemigo en las fortalezas de que se había apoderado. Lérida y Tortosa se alzaron las primeras; Manresa manifestó su adhesión quemando en público los decretos de la junta de Madrid; Villafranca de Panadés, no ménos atrevida, se puso en armas; y Tarragona hizo el 13 de Junio su acto formal de insurrección. Al rededor de estos puntos fué tomado

incremento el incendio, sin la unidad que en las demás provincias, pero no con menor audacia, pues allí el pelear seguía inmediatamente al rebelarse. A fines de Junio Cataluña entera hacia su declaración solemne erigiendo en Lérida una junta directiva en representación de todos sus corregimientos. Barcelona, oprimida por sus dominadores, no se retrajo por eso de manifestarles su ira rasgando con mano osada en todas las calles el cartel en que se noticiaba el cambio de dinastía, y considerando cada barcelonés un enemigo desde aquel momento en todo francés armado ó desarmado.

Navarra y las provincias Vascongadas, oprimidas también por gruesas fuerzas, y teniendo sus dos mejores plazas de armas ocupadas por el enemigo, y estando arrimadas á Francia no pudieron demostrarle cuánto participaban del sentimiento nacional hasta que se vieron libres ó algo desembarazadas de su yugo. Entonces veremos que fueron uno de los más gloriosos palenques del heroísmo de aquella época. Entre tanto se limitaron á auxiliar en secreto á las provincias vecinas y promover la deserción á ellas de los pocos soldados españoles que había en su territorio.

A lo mismo se redujo, y por causas semejantes, la cooperación de Castilla la Nueva en un principio. No pudiendo declararse en abierta rebelión, el patriotismo individual produjo hechos de singular osadía y de valor que llenaron de asombro á Murat y de zozobra á sus soldados. Centenares de proclamas corrían con el mayor descaro excitando á los soldados españoles á la deserción; grupos de paisanos y hombres sueltos salían á interceptar las comunicaciones; y donde era posible acometer á un francés, no se le perdonaba el crimen de que era instrumento. De Alcalá, de Talavera, de Madrid mismo salían á bandadas paisanos y soldados á incorporarse á los sublevados sin temor á la vigilancia ejercida por Murat ni á las contingencias de un largo viaje. Uno de los hechos de esta naturaleza que más se celebraron entonces y que más afectó al general francés fué la marcha desde Alcalá, á cuatro leguas de la capital, hasta Valencia, de un comandante de zapadores, D. José Veguer, al



frente de una compañía con bandera, pertrechos y la caja. Tanta osadía impidió á Murat desprenderse de su ejército, y de esta manera eficaz contribuyó Castilla la Nueva al alzamiento nacional.

Los lamentos de las víctimas del 2 de Mayo tuvieron también su eco fuera de la Península. Las islas Baleares, apenas supieron la sublevación de Valencia, anunciaron por medio de una junta, á cuyo frente se puso el capitán general, su resolución de no reconocer otro rey que Fernando ni más gobierno que el suyo.

Aconteciendo tener á la sazón en sus aguas la escuadra de Cartagena y en su territorio un ejército de diez mil hombres bien regimentados, su pronunciamiento infundió mucha confianza en las provincias del continente, porque tal era la decisión que se pensaba, en un caso extremo, buscar en ellas un apoyo para continuar la guerra si la fortuna fuese en aquéllas adversa.

Igual importancia tuvo á sus ojos la adhesión de las islas Canarias, en cuyo alzamiento se veía además un testimonio de la justicia de la causa nacional, pues en una época de trastorno social y cuando todas las naciones se doblegaban ante Napoleón, ocasión era para que hubiesen cambiado de dueño ó hubiesen esperado indiferentes el éxito de la contienda.

Una conmoción tan súbita y general nunca sucede en un estado de la extensión de España sin que la acompañen trastornos y desgracias, fruto deplorable de la exasperación de las pasiones ó de personales venganzas. Hemos visto de qué manera, por apariencias lamentables de traición á la causa nacional, perecieron los capitanes generales de Extremadura y Andalucía. En Valladolid, en Palencia, en Sevilla, en Jaén, en Granada, acaecieron estravíos de igual naturaleza, que dieron por resultado algunas víctimas inocentes, bien que culpables de indiscreción ó de antecedentes contrarios al sentimiento público. De todos ellos, que en verdad no fueron muchos si se comparan con los que en situaciones semejantes ofrecieron otras naciones, sólo merecen especial mención los de Valencia por el grave y siniestro carácter que presentaron.

Se recordará que el generoso y varonil arranque de la hija del conde de Cervellón impidió que se descubriese al día siguiente del alzamiento la desleal conducta del capitán general y del acuerdo y las desgracias que serían inevitable consecuencia de la natural irritación de las pasiones en medio de un conflicto público. Pero si salvó á Valencia de un día de luto, no pudo con esto destruir, antes dió pábulo á las sospechas que habían hecho proceder al registro de la balija. «Si no hubiese delito, se decía con razón, no había por qué ocultarnos el pliego.» Así fué que, rasgándolo en pedazos, la hija de Cervellón multiplicó también las sospechas del pueblo. En tal estado, viendo que uno de los individuos de la junta, el barón de Albalat, malquisto de los valencianos desde que en 1801 mandara hacer fuego contra la multitud cuando se opuso al establecimiento de las milicias, no asistía á las sesiones, empezó á tacharle de desafecto, y bastó que se supiese su salida para que se propagase que había ido á ponerse de acuerdo con Murat. Albalat había efectivamente salido de Valencia, retirándose á un pueblo distante siete leguas; pero el motivo era precisamente la aversión con que sabía se le miraba y el temor de que pudiera en días tan revueltos ser víctima de un odio fanático ó implacable. Sus compañeros de la junta creyeron por desgracia que el medio mejor de salvar al ausente sería llamarle á su seno para que el público se persuadiese de su error; y lo que á su pesar hicieron fué traerle á las manos de sus asesinos. Dió la fatal casualidad de que llegase á Valencia en uno de los días de correo de Madrid, que los más exaltados solían salir á esperar á tres leguas de distancia, y que llegase acompañando al correo. No necesitaron aquellos ánimos preocupados más prueba de la traición; cercáronle para conducirlo preso á Valencia: y al atravesar la plaza de Santo Domingo, la multitud rompió el cuadro con que había creído preservarle de sus amenazas el P. Rico, y lo mató á puñaladas en sus propios brazos sin atender á las amonestaciones y los ruegos de su caudillo. Cortáronle la cabeza, colocáronla en una pica y la pasearon con feroz alegría para satisfacción de todos los que no ha-



bían asistido al castigo del que creían traidor, y para escarmiento de los cómplices que se le suponía.

Así escitadas las pasiones ardientes de aquel pueblo, que ha heredado con los rasgos de la raza árabe la ligereza de sus afectos y su implacable rencor, llegó á Valencia una de esas almas feroces, abortos de la naturaleza, en quienes concentra la soledad su sed de sangre y esterminio. Este hombre abomizable era un canónigo de la iglesia de San Isidro de Madrid, llamado don Baltasar Calvo. Tenía el exterior de un devoto que lleva inclinada al suelo su cabeza en señal de humildad; las palabras de misericordia y los nombres más venerables estaban siempre en sus labios; y sólo en las disputas de los jansenistas con los jesuitas, cuyo admirador era, había demostrado la crueldad de su corazón, que por desgracia se asociaba á un entendimiento fácil y fecundo en los recursos del mal. Cuando vió á España toda conmovida y revuelta, bien por satisfacer su instinto de sangre, bien por aprovechar la ocasión que se le presentaba de proseguir sus crueles persecuciones contra los jansenistas, ó bien en fin, porque la ambición le incitase á buscar en los robustos hombros del pueblo un apoyo para su elevación, se dirigió á Valencia, sin duda juzgando encontrar allí más recursos para los horribles planes que meditaba. Trató de asociarse al P. Rico, mas éste rehusó por celos ó por antipatía su cooperación, y el malvado canónigo apeló á la astucia y la hipocresía para adquirir la fuerza que necesitaba. Hablaba en público con patriótico ardor contra los franceses, exclamaba con vehemencia sobre la suerte de la religión si ellos triunfaban; celebraba el sacrificio de la misa con grande lentitud, y pasaba de rodillas cuatro y cinco horas en actitud de profunda meditación. El pueblo, seducido por sus apariencias de santidad y patriotismo, le cercaba donde quiera que se ofrecía á su vista, y él por su parte cuidó de rodearse de los más fanáticos y desalmados que vió entre la multitud.

Sabiendo que en aquellas circunstancias era el mejor medio de alcanzar popularidad singularizarse en aversión á la dominación napoleó-

nica, concibió el bárbaro proyecto de matar á todos los franceses que la junta había hecho encerrar en la ciudadela por salvarlos de un atropello del pueblo. Señalado el día 5 de Junio para la ejecución, comenzó el alboroto al anochecer con el allanamiento y saqueo de las casas de los comerciantes franceses allí establecidos y la destrucción de cuanto no era susceptible de ser robado. En seguida se dirigieron á la ciudadela, de la cual fué fácil apoderarse estando sólo custodiada por inválidos y hallándose ausente su gobernador. Las escenas que vamos á describir en bosquejo, porque los ojos se apartan de ellas con horror, revelan una depravación increíble del corazón humano. Antes que la multitud penetrase en el recinto de las víctimas, se adelantó Calvo á decirles que el populacho venía en su busca para degollarlos, y que movido él de piedad cristiana, había preparado su salvación franqueándoles el postigo que daba al campo, por donde podían fugarse al Grao, en cuyo sitio hallarían barcos que los trasportasen á Francia. Para hacer más creíble á aquellos infelices esta páfida asechanza, había dispuesto que se profiriesen al mismo tiempo gritos de «traición, venganza,» que en efecto les persuadieron á tomar el camino que les señalaba el canónigo. Pero entonces oyóse otra voz, también preparada de antemano, que anuncia á la furiosa turba la fuga de los franceses; precipítanse los asesinos dentro del recinto, y principia una espantosa carnicería. Los desventurados prisioneros, inermes, indefensos, sin oponer resistencia alguna, de rodillas los más y levantando las manos al cielo en vano imploraban la piedad de sus verdugos. Los bárbaros los degollaban impunemente, y tal era su ferocidad que, muertos ya, hundían una y otra vez sus puñales en los inanimados cadáveres. El canónigo Calvo presenciaba la matanza con estúpida frialdad, animando á los sicarios con las seguridades de que ningún acto era más meritorio para con Dios que el matar franceses.

Derramada por la ciudad la noticia de lo que allí pasaba, acudieron las autoridades y las comunidades religiosas con las imágenes más veneradas de los valencianos á interceder